

Mi verdugo

Yuliana Chiple



Capítulo 1

Continuación de la historia, Mi Ángel. Para entenderse mejor, leer la historia.

-No sé por qué te resistes tanto, estoy seguro de que lo disfrutaras tanto como yo- capturó entre sus dedos un mechón castaño de su cabello- eso sí, tienes que alejarte del estúpido ese. No tolerare...

-Ya le dije que cumpliré con lo que pide- su mirada se clavó en él. Fría y dura como una piedra.

No respondió se dedicó a contemplarla sin ninguna expresión en el rostro.

Ángel pensó que si cambiaba de actitud y se tragaba su orgullo las cosas cambiarían. Lo miró de la manera más suplicante que pudo.

-¿Por qué no me deja ir?- su voz salió suave y cansada- Yo no significo nada para usted. ¿Para qué me obliga a estar a su lado?

Por un segundo los ojos negros del chico mostraron tristeza, casi creyó haberlo lastimado con esas palabras; al instante su mirada volvió a ser la misma. Pensó haber imaginado la tristeza.

-Estoy seguro que en unas cuantas semanas no querrás irte- le tomo el rostro con delicadeza, apartando el cabello que le obstruía rosar sus labios con la parte sensible de su cuello, justo donde estaba su pulso- Te puedo asegurar que, en ese tiempo, me suplicaras que no te deje.

Las tranquilas palabras sonaron como una autentica amenaza y al ver sus ojos lo comprobó.

Sin dejar de sonreír se levantó, liberándola del peso de su cuerpo. Por fin respiró profundamente, aun así el nudo no desapareció de su garganta.

-Saldado nuestro asunto, ahora puedes ir ayudarle a las demás a la cocina. Solo una última orden, de ahora en adelante, quiero que me lleves la cena a mi cuarto- le guiño un ojo.

Se levantó del sofá, manteniendo una postura recta.

-Sí señor- hizo una reverencia- con permiso.

Para ella los días transcurrieron con angustia. Ignacio no había intentado nada desde el día de su amenaza, no la había mirado siquiera. Eso debía mantenerla tranquila, sin embargo, no lo hacía. Tenía los nervios de punta por solo estar pensando en lo que pretendía pedirle u obligarla hacer; tampoco se necesitaba ser un genio para imaginar lo que quería. Lo que le extrañaba era el poco tiempo que pasaba en la casa, comúnmente siempre estaba holgazaneando. Ahora solo llegaba a dormir y se iba temprano. Fuese lo que fuese, eso la ponía contenta, ya que disponía de más tiempo para estar con Emiliano.

A pesar del aprieto en el que estaba, se rehusaba a dejar a la persona que más amaba en el mundo. Cuando estaba con él no existía la infelicidad o cualquier cosa que pudiera lastimarlos a ambos. Habían tenido unas cuantas citas; él la llevó al cine, al parque y también algunos restaurantes. Cuando salían ella siempre llevaba una cámara, le extrañó un poco que tomara fotos tan regularmente, pero jamás le mencionó algo a su novia. Todos esos momentos juntos, Ángel quería atesorarlos no solo en su memoria. Porque cada vez que él iba a dejarla a la mansión, sentía que no habría un mañana para ellos.

Dejó de existir en el momento que aceptó el trato con Ignacio Herrera.

La suerte se encontraba en ese instante de su lado, pero dudaba que le durara para siempre.

Cada vez que se encontraba con "el joven" Ignacio temía por su castidad y por su orgullo. Temía perder a la persona que amaba. Temía por su libertad.

No debía haber en ella otro sentimiento que no fuera miedo.

Con la espalda adolorida y mentalmente exhausto, el moreno entró a paso lento dentro de la mansión. Llevaba dos semanas yendo de un lado a otro sin tener un minuto de descanso. A penas y había dormido 7 horas a lo mucho en todo ese tiempo. Ir a pasarelas, a sesiones de fotos, comerciales televisivos y ver a los patrocinadores, no era para nada fácil. Solo paraba para comer y descansar unos minutos.

Sumando a su estrés, la actitud irritante e insistente de su mamá; Consuelo estaba necia en que ya era hora de que se hiciera cargo del negocio familiar. La idea de estar encerrado en una oficina, usando traje y lo más molesto, siendo el perro faldero de ella lo sacaba completamente

de sus casillas. No quería ser esclavo de nadie.

La mención de la palabra "esclavo" le hizo recordar a una chica de cabellos marrones, ojos lindos y labios besables.

Ángel.

No había podido disfrutar de su nuevo juguete en todo este tiempo. Se sintió un poco mal por dejar que ella lo extrañara tanto tiempo, pero todo había acabado, no tendría trabajo hasta el día siguiente y por lo que sabía sería una sesión de fotos rápida.

Una sonrisa de dientes completos se extendió en su rostro.

No había nadie que le impidiera hacer lo que él quisiera con ella. <<Es totalmente mía>>.

-Susana por favor prepáreme algo de cenar muero de hambre y has que Ángel lo lleve a mi cuarto.

La mujer lo miró con sorpresa.

-¿Pasa algo?- se detuvo a media escalera.

-No señor, es solo...es la primera vez que la llama por su nombre.

El chico asintió varias veces. Sonrió de medio lado.

-Sí, igual no es como si fuera un nombre bonito. Ahora ve hacer lo que te pedí.

Susana desapareció tras la puerta que daba a la cocina.

Él retomo su camino.

Se quedó en la puerta observando la gran habitación que desde hace años tenía. Al comprar la casa y amueblarla, su hermana dormía precisamente en ese cuarto, él lo hacía en uno mucho más pequeño. Siempre le gusto esa habitación, pero su hermana nunca accedió a dársela.

Un día cuando ya había cumplido 17 años se la exigió a su madre- igual que como exigió el despacho-. Así le enseñó ella a tomar las cosas. <<Si algo te gusta lo tomas y mientras seas el jefe nadie te negara nada>>.

La perfecta ideología de su familia.

El triste recuerdo de su abuelo regañándolo por ser tan malcriado, lo

acosó justo donde estaba, tirado sobre su cama.

Nada fue igual tras su muerte. Maldecía a su padre por irse después de pedir el divorcio, maldecía a Consuelo por no haber sido una buena madre, maldecía a su abuela por centrarse en su dolor y hacerlo a un lado, maldecía a su abuelo por morir y dejarlo solo.

Antes soñaba con trabajar en LASKO a lado de su abuelo y hacer que él y toda la familia Herrera se sintieran orgullosos de él. Nada de eso se cumplió. Todos se distanciaron y como lobos hambrientos peleaban a capa y espada por la herencia del difunto anciano.

Así fue como entendió que no existía la felicidad que durara para siempre. Que la única felicidad era la que conseguía el dinero y mientras más tuvieras, más feliz serías.

-¿Joven, puedo pasar?- la tenue voz lo saco de sus sombríos pensamientos.

Observo a la chica con uniforme de sirvienta parada en la entrada de su habitación.

Alrededor de su vida había querido muchas cosas y estas cosas llegaban a sus manos en el instante que las pedía. Solo Ángel representó un ligero reto para él, demasiado obstinada para hacer lo que el chico más quería. Que se enamorara de él.

Le fascinaba ver lo que la gente podía llegar hacer por amor. La única parte que a Ignacio le gustaba de eso era en la que te humillabas y cedías a los deseos del otro. Todas se hacían las puritanas al principio, pero él les hacía ver que de santas no tenían ni un pelo.

La verdad tras todo era que después de ser abandonado por Isabella entró en pánico. No soportaba, ni siquiera concebía la idea de ser abandonado. No de nuevo.

Por eso la quería a ella, por eso necesitaba que lo amará. La sencilla mente de Ignacio no comprendía esta parte de si mismo.

Le sonrió.

-Sí, deja la bandeja sobre la mesa.

Ella lo obedeció.

Con la mirada la recorrió de arriba a abajo. Muchos dirían que no existía nada interesante en ella, en tiempos pasados los hubiera apoyado; claro que ellos no habían visto lo que se escondía bajo ese uniforme. La piel

suave y blanca. Las piernas largas, los muslos delgados, el vientre plano. Y sus labios, eran tan vírgenes que lo volvían loco, la forma en que se curvaban hacía arriba dando lugar a una sonrisa, todo en ella resultaba deseable.

-¿Desea algo más? -las manos le temblaban, el cuerpo lo tenía visiblemente tenso. Ella sabía lo que él quería en verdad.

-Quiero que me prepares la tina. Ya sabes cómo hacerlo -pasó a lado de ella, sentándose en el escritorio para cenar.

Decidió dejar que su propia imaginación y el tiempo la torturaran un poco más. Ya se ocuparía de la chica después de tener el estómago lleno.

Capítulo 2

Abrió la única ventana que el enorme baño tenía. Era pequeña a penas y lograba entrar un poco de viento, no le importo. Ángel necesitaba aire fresco en sus pulmones con urgencia.

Cuando Susana le dijo que su jefe había vuelto a punto estuvo de desmayarse en el estrecho cuarto de lavado. Su suerte se había acabado.

Supo lo que sucedería en cuanto entro, en el momento en que él la miro. En ese preciso instante temía salir y decirle que la tina estaba lista, por más que le gustara la idea de quedarse a vivir para siempre -si era necesario- dentro del baño sabía que no era posible. Arreglo su delantal, tomó un gran bocado de aire y abrió la puerta.

-Ya está todo listo, joven- mantuvo la mirada pegada al suelo. El mirarlo a la cara la ponía el doble de nerviosa.

-Quiero también que arregles la ropa de mi cómoda, es un desastre. Quiero que ese mueble en perfecto estado cuando salga de bañarme.

-Pero eso lo puedo hacer en la mañana – protesto.

Una mirada parda la taladro ferozmente.

-Soy yo quien decide a qué hora trabajas, no tú. Eres mi sirvienta. ¿Entiendes?

-Si, señor.

Desapareció detrás de la puerta del cuarto del baño. Ella seguía con la misma ansiedad aun cuando él se fue. Comenzó a ordenar la estancia acomodando la ropa como él quería y dejando las prendas sucias en un cesto. La sencilla tarea le pareció eterna.

La chica sabía que perder la calma y estar nerviosa no le beneficiaría en nada. Encontraría la manera de salir de ese problema, solo necesitaba pensar. No podía permitir que la chantajearan.

Entre lo que hacía y sus pensamientos, el tiempo pasó sin que se diera cuenta.

El sonido de la puerta abriéndose la hizo levantarse y dejar lo que hacía.

-Ordene la mayoría, ya mañana volveré para... -al girarse se encontró con que Ignacio estaba más cerca de lo permitido y solo llevaba unos

pantalones de algodón con los que siempre dormía.

El negro cabello lo llevaba desordenado y húmedo, del cuello para abajo se vislumbraba centímetros y más centímetros de piel desnuda. Todo terminaba en su cadera donde comenzaba el pijama.

El corazón de Ángel dio tumbos como el resonar de un tambor.

-Eso ya no importa –la tomó de la mano llevándola hasta los pies de su gran cama. Ella miro alternativamente a él y al mueble; no dijo ni una palabra.

Le acarició la mejilla con los nudillos. Su mirada penetró la de su sirvienta.

-No pensaba en otra cosa que no fueras tú. –a pesar del tono amable, Ángel sabía que no existía nada romántico en la situación- Ahora no habrá más interrupciones, solo que estés arrepintiéndote de nuestro acuerdo. Pero creo que no es el caso ¿o sí?

La dejó libre de sus caricias a continuación, se sentó sobre la cama.

La indiferencia en su rostro la desquiciaba por momentos. Se había acostumbrado a predecir los estados de ánimo del moreno. Ángel había sido muy tonta al creer que Ignacio solo era un niño rico malcriado y egocéntrico. El sujeto estaba desequilibrado.

Las personas pueden ser mucho más perversas de lo que uno imagina.

-No. Pero si existe otra forma de arreglar esto yo...

Se vio interrumpida por la serena risa de él.

Solo le basto mirarlo a los ojos para saber- de nuevo- que no había otra forma. Huir no serviría de nada.

-Eres libre de escoger –sonrió débilmente- claro que sabes las consecuencias de que te rehúses a lo que te pido.

Quiso escupirle en la cara por la manera en que planteaba la situación. Esto no se trataba de una democracia; lo que en realidad le estaba insinuando era que solo tenía una opción. Ceder ante él. Unas ganas enormes de gritar se reprimían en su pecho y no solo de eso, también de llorar, golpear y salir corriendo. No quería creer que todo esto realmente estuviera sucediendo; se sentía exactamente como cuando tenía diez años, cuando debía aguantar los insultos de su tía y los prejuicios de la

gente por la reputación de su madre.

No sabía de donde había sacado la fuerza para salir adelante después de lo ya mencionado, pero lo hizo y esta vez no sería diferente.

-Yo hice un acuerdo con usted y planeo cumplirlo.

Él continuó con la máscara de serenidad puesta.

-Sé que lo disfrutaras, esta vez planeo ser más amable contigo -le tomo una mano- Espero podamos dejar la enemistad de lado.

Ella lo vio con pánico; si el cambiaba de actitud era más que probable que la gente a su alrededor notara algo extraño.

-La gente podría sospechar que algo está pasando. No quiero que comiencen a hacer preguntas.

-Me vale una mierda lo que el personal de la casa piense y diga -la miro con seriedad.

-Pero no lo molestaran a usted, si no a mí. ¿Qué pasa si se enterara su hermana?

Pareció sopesarlo un momento.

-Supongo que tienes razón, será bueno guardar las apariencias.

Se levantó perezosamente de la cama, acercándose hacia ella. Se rehusó a mirarlo a los ojos de nuevo, el moreno por su parte la observo con diversión.

-No había notado lo linda que te ves con el uniforme- le acaricio el antebrazo, ocasionando que el vello de esa área se erizara.

Capítulo 3

-Se la razón por la que dice eso. Ya he aceptado lo que quiere de mí, no es necesaria la palabrería. - la voz le tembló al momento de hablar.

Ignacio sonrió.

-Pensé que querías que fuera lento.

-Pues ya ve que no es necesario.

Suspiró.

-Puedo quitarte la ropa y simplemente metértela, pero si mi objetivo es mostrarte lo bueno que es el sexo, no creo que funcione de esa forma.

Le acaricio el mentón obligándola a que lo mirara a los ojos.

Ella podía ver aún la arrogancia en su oscura mirada, solo que esta vez era suavizada por la curiosidad, el deseo y otro tipo de sentimiento que no supo reconocer.

El contraste de la luz de la lámpara sobre el escritorio, lograba darles a sus ojos un tono más claro, haciéndolos ver achocolatados y la piel desnuda de su torso a la vista se vislumbraba incluso más suave de lo que eran sus labios.

Tres emociones se debatían por ser la dominante en su cabeza. El nerviosismo, la curiosidad y el odio. La segunda iba ganando por mucho.

Se tenía que recordar a si misma que no debía ceder o en estos casos disfrutar; porque él no era a quien amaba, por el contrario, Ignacio Herrera le estaba robando la libertad y la oportunidad de estar con la persona que realmente quería. Emiliano.

Su mente jugaba juegos muy sucios cediendo por momentos a los deseos de "su oponente" y a su propia enfermiza curiosidad hacia lo que le proponían.

El chico pudo notar el debate mental que su chica tenía con ella misma, sin pedirle permiso dejó de acariciarla para sujetarla por la cintura y atraerla hacia su cuerpo. Ante cualquier movimiento que hiciera, ella temblaría aún más, llegó a esa conclusión. Lo que hizo que el juego lo excitara el doble.

Contemplo el rostro ligeramente aniñado de la chica. La cara ovalada, los ojos grandes con pestañas largas y negras, la nariz recta y pequeña;

fueron sus labios los protagonistas más destacables de tan bella presentación. La única vez que los había probado sintió que era la primera vez que besaba y deseaba unos labios en mucho, pero mucho tiempo. Ella lo hacía sentir un adolescente torpe experimentando su primera vez.

Por puro reflejo, guiado principalmente por el deseo, su pulgar fue a dar al labio inferior de ella presionándolo levemente. Sintiendo al tacto su suavidad, lo mismo que cuando tocas los pétalos de una rosa. Delicados y frágiles. Hizo lo mismo hasta lograr que ella misma entreabriera la boca, Ignacio se inclinó para introducir su lengua por completo. La sensación le acarició la espina dorsal y no solo a él, el cuerpo entero de Ángel tembló al contacto.

A pesar de ser inexperta, la boca de ella se mantuvo al ritmo de los besos de su compañero. El dar y recibir de ambas bocas era un vaivén lento y tentativo. La sujeto más fuerte de la cintura, ladeando el rostro para tener un mejor acceso. Las pequeñas manos se crisparon sobre sus hombros, tratando de no ser consumida por la intensidad de aquella intimidad.

Pero lo sorprendente no era el deseo, si no el febril sentimiento que crecía bajo la piel y le calentaba el cuerpo; que hizo incluso que se colgara de su cuello obligándolo a inclinarse. Toda la habitación se calentaba por momentos, toda ella parecía sufrir de una fuerte fiebre y su conciencia hacía tiempo que había dejado de recordarle lo malo que era lo que estaba sucediendo. Solo existía la boca de Ignacio y toda esa suave piel que sus manos morían por tocar. Eso no excluía que todo ese deseo que el desprendía la asustará, pero lo más escalofriante era el que ella misma sentía.

Tomo su mentón de nuevo, haciendo que ella abriera más la boca para que ambas lenguas pudieran jugar y enlazarse, además de morderle el labio inferior. Eso la saco por completo de sus pensamientos.

No recordaba en que momento él había vuelto a sentarse sobre la cama, mucho menos se acordaba como es que ahora ella estaba sentada a horcajadas sobre su cuerpo. Tampoco le importaba mucho. Suspiro contra su boca.

Los besos se volvieron más húmedos y urgentes, las respiraciones se agitaban, chocaban al instante de salir ya que ambos solo se separaban unos segundos para tomar más aire. La boca de él la reclamaba por cada beso brusco intensificado, las lenguas buscaban su encuentro íntimo y los cuerpos su propia unión. Deshizo el moño en su espalda, lanzando el delantal blanco en alguna parte, solo quedo el vestido negro con mangas pomposas. Libero también su cabello de la cola de caballo, haciendo que cayera como si fuera una cortina fina de color caoba. La fascinación en esos ojos negros hizo que ella se ruborizara. Lo que le pareció

contraproducente.

-Me gusta más tu cabello suelto –le susurro en uno de los oídos.

No era la voz a la que estaba acostumbrada. Esa sonaba ronca, ligeramente pastosa. Embriagante, igual que el más fino licor.

Se dejó llevar a un más, se inclinó tanto que hizo que Ignacio cayera de cuerpo completo sobre su cama, intentó besarla de nuevo, pero Ángel esquivo su boca; tenía pensado besarla en otros lugares, se recargo en su hombro para besarle y lamerle todo el cuello, hasta llegar a la clavícula.

-Eso se siente bastante bien – sin aviso le bajo la cremallera del vestido- Vamos a quitarte este vestido tan estorboso.

Sus manos se enredaron entre sus cabellos, al ver que su chica estaba más entretenida besando su pecho, pensó que era hora de tomar las riendas, así que la sujeto del cabello con un poco de fuerza, observando como su vestido se esfumaba y dejaba a la vista su torso semidesnudo. Lamió su cuello, beso su garganta, dejando en el camino las marcas que demostraban que ella le pertenecía. El cuarto se llenó de sonidos obscenos y la respiración pesada de la chica.

Lanzo un gemido de sorpresa al sentir sus manos acariciando sus muslos bajo la falda, restregándola contra algo duro y firme.

Su erección.

Sabía que debía sentirse mal al hacer eso, no solo mal, también sucia e indignada.

Mordió su cuello.

Todas esas nuevas sensaciones la tenían sedada. Solo podía sentir y tocar. Siempre estaba reprimiéndose, siempre era la chica fría y distante, incluso con las personas que quería. Solo por esta vez necesitaba hacer lo que deseaba y no lo mejor para los demás. Y lo que deseaba en ese momento era cogerse a Ignacio.

Lo alejo de un empujón, necesitaba deshacerse de ese estorboso vestido. Su jefe le dedico esa sonrisa lasciva que tanto le molestaba a ella, pero en esos momentos solo hizo que se le lanzara encima y volviera a besarla. La aparto para poderle mirar de cuerpo completo y cuando creyó que Ángel ya que no podía ruborizarse más, la joven lo hizo.

Sus ojos se detuvieron justo en la sensible área entre las piernas de ella.

-¿Alguna vez... -trago saliva- te han tocado en esa parte?

Ángel no supo muy bien cómo responder.

-No.

-¿Ni siquiera Emi...?

-Nadie –lo interrumpió. No quería que lo metiera a él en la conversación. - Ya te dije que soy virgen.

Se negó a mirarlo a la cara.

-Ser virgen no significa que no hayas llegado a "segunda base" con alguien – creyó notar un atisbo de molestia en su voz. ¿Sentía celos en esas circunstancias? Estaba a punto de acostarse con ella, ¿Cómo podía pensar en si se había tirado a otro chico?

-Nunca había hecho esto con alguien.

-Así que soy el primero –Ignacio sonrió.

Zanjado el tema. Volvieron su atención a lo que hacían, Ignacio se quedó mirando su cuerpo esta vez deteniéndose en sus pechos. Su dedo índice se entretuvo haciendo círculos sobre la tela del sostén justo donde se encontraba su pezón izquierdo. Ella no pudo evitar que su cuerpo se arqueara por el contacto.

-Me encanta como se relajan tus facciones al sentir deseo – la mano intrusa se cerró sobre uno de sus pechos- te ves muy sexy.

-Cállate – más sonó a suplica que a reclamo.

Se rio.

Dejo que sus manos jugueteasen con sus pechos, moldeándolos ligeramente y estimulando los pezones con el pulgar. Descargas eléctricas le recorrían el cuerpo compulsivamente. Ángel sentía un escozor entre las piernas, seguido de una sensación de humedad. El propio cuerpo de la chica se removió buscando un mejor contacto, Ignacio ahogo un gemido al sentir que ella movía la pelvis en dirección a la suya, la fricción de sus genitales bajo la ropa, lo ponía ansioso. La mujer pretendía torturarlo lentamente.

Aprovecho para deshacerse de su sosten, dejandola desnuda de la cintura para arriba. Solo su ropa interior los separaba de su completa desnudez.

-No...- ella intento cubrirse con ambas manos.

A él eso le pareció adorable.

Tomo sus temblorosas manos y las coloco sobre su pecho.

-Tócame.

Lo miro sorprendida por varios segundos, después bajo la mirada a su torso. Lentamente sus dedos tocaron el cuello estilizado del chico, siguieron el contorno de su garganta. La piel sensación de su piel bajo sus dedos era tan exótico para la joven inexperta. Recorrió los hombros, la clavícula, se detuvo en sus tetillas, delinea su estómago, continuo con la espalda y los brazos. De repente no le basto solo con tocarlo.

-¿Puedo... puedo besarte?

El asintió.

Rozo los labios con su garganta, mordió la piel de su caja torácica y dejo un beso lento justo en el lado de su corazón. El sabor de su piel le pareció único, salado y suave. Ya en esos momentos Ángel podía inventar sabores y texturas solo con toarlo y probarlo. Con una boca chica y curiosa llegó a su estómago, regresando hasta el lugar de inicio esta vez con besos mucho más lentos; Su compañero sintió su lengua justo sobre una de sus tetillas, apretó su cuerpo aún más al de él, dejando que ella supiera lo mucho que la deseaba.

-Si esto sigue así, terminara muy rápido cariño -la aparto justo cuando ella mordía febrilmente el lóbulo de su oreja.

-¿Por qué?

-Eres virgen y no quiero hacer nada brusco que pueda lastimarte, temo que si continúas haciendo esto pierda el control.

A ella le costaba creer que el chico amable que ahora la besaba, era el mismo que la había chantajeado.

Capítulo 4

Le acaricio el labio inferior con la punta de la lengua; se encontró a si misma buscando urgentemente el contacto piel con piel. Podía sentir su caliente anatomía en toda su extensión, los besos subieron de tono, junto con las caricias; la mano de Ignacio hizo un lento recorrido desde su cuello, deteniéndose para tocar su pecho, bajo aún más hasta llegar al área entre sus piernas. El cuerpo de ella dio un respingo cuando sintió que el la tocaba sobre la ropa interior.

No tenía mucha experiencia cuando se trataba de sexo, de hecho, su primer beso se lo había dado el hombre que la tocaba en esos momentos. A pesar de la inexistente experiencia, estamos naturalmente predispuesto cuando se trata de sexo, el movimiento de sus caderas y la habilidad para saber que zonas son erógenas para su acompañante. Al fin y al cabo, nosotros también somos animales.

La forma en que la tocaba le dejó saber que él conocía las partes más sensibles, esas que la estaban volviendo loca y que causaban descargas placenteras por todo su cuerpo, incluso podía sentir su pulso entre las piernas. El dedo subía y baja de una forma pausada, se detenía a presionar y humedecer aún más, ya no quiso reprimir los sonidos que emitía, incluso se aventuraba al encuentro con la mano intrusa.

-Ignacio... - las caricias la acercaban de poco en poco al orgasmo. Pretendía decirle algo, solo que en esos momentos había olvidado que era.

Estaba más que consiente de la virginidad de Ángel, de ante mano era fundamental mantener el control, no quería que ella pensara que intentaba violarla si la tomaba impulsivamente.

Por eso tenía que estar seguro de que ella se encontraba lo suficientemente húmeda para recibirlo. Lo que no facilitaba su trabajo, eran los gemidos y los constantes movimientos pélvicos de ella. Verla tan perdida y entregada entre sus brazos lo ponía muy duro.

Se aventuró a tomar el siguiente paso; busco su boca al mismo tiempo que hacía a un lado su ropa interior para esta vez, tocarla directamente. Húmeda y estrecha, fueron las primeras palabras que se le vinieron a la mente al moreno en el momento en que la penetro con el dedo índice.

Recostó su cuerpo sobre la cama y recostándose él a su lado, su rostro contraído le hizo saber que aquello le gustaba. Al volver a penetrarla esta

vez se aseguró de estimularle con el contacto el clítoris también.

-¡Ah! – la sensación fue abrumadora en todos los sentidos, su cuerpo se contrajo cuando el dedo comenzó a moverse en su interior.

La mano subía y bajaba; la mirada femenina se encontró con dos pozos negros clavados en su rostro, Ignacio no pestañeaba siquiera, le gustaba esa mirada lasciva en tan bellos ojos. Fue Ángel quien busco su boca para esta vez ser ella quien iniciara el encuentro entre sus lenguas. El beso amortiguo los gemidos que intentaban salir de su garganta.

Justo cuando creía que no podía ser mejor, un segundo dedo se unió al primero. Movi6 las caderas automáticamente, siguiendo el ritmo que la propia mano de 6l había marcado.

-Mas... – le suplico contra sus labios.

Él sonrió.

-Lo que pidas –dicho eso aumento la velocidad de su mano.

Ella hecho la cabeza hacia atrás al sentir como se anticipaba, subiendo poco a poco desde su vientre. Las embestidas de su mano se volvieron más urgentes y ya no eran dos si no tres dedos los que la penetraba.

Sucedio rápido. Sacudidas violentas le recorrieron todo el cuerpo hasta llegar al cuero cabelludo; puntos de distintos colores y formas danzaban bajo sus parpados liberando espasmos que la hacían estremecer. Un gemido acompañado del nombre del causante de todo fue lo que sali6 de su boca cuando aún experimentaba todo eso.

Se dejó caer sobre la cama satisfecha por completo. Era la primera vez que sentía un orgasmo y había sido maravilloso. Con la respiración irregular aun tratando de recuperarse, lo observo detenidamente, pero sin duda lo que más llamo su atención fue la gran erección bajo su pijama. El excitado chico le había dado su "liberación" a ella, pero seguía sin tener la propia.

La idea de tenerlo entre las piernas hubiera hecho que diera arcadas del asco, pero ahora era un cuento distinto. Ahora necesitaba sentirlo justo en ese lugar. Sin despegar los ojos de 6l, se deshizo de las bragas que aun llevaba. Ignacio se mantuvo como espectador por un tiempo que a la otra le pareció eterno. La dilatación de sus pupilas y la firmeza de su pene le hicieron saber que 6l estaba disfrutando del espectáculo.

Sus pequeñas manos comenzaron acariciando sus rodillas y subiendo por la cara interna de ambos muslos, mientras lentamente fue abriendo las piernas. El pecho de Ignacio subía y bajaba con demasiada rapidez, para

al final ella regalarle una sonrisa.

Sin más miramientos se inclinó sobre su cuerpo besándola con ardor y dejando atrás el tacto y la dulzura de antes, a continuación, bajo el rostro hasta la altura de sus pechos para lamer y chupar uno de sus pezones. Devoraba sus pechos por turnos, tiraba del pezón derecho con los dientes mientras succionaba y estimulaba después. La urgencia de la chica crecía por momentos cada vez más. En busca del encuentro, su propio cuerpo se restregaba contra la erección. Lo necesitaba, quería sentirlo dentro de ella.

-Por favor... -gimoteo contra su hombro.

Solo eso bastó para que se precipitara, dejó descansar el rostro sobre sus pechos para poder deshacer de la única prenda que lo cubría. Observo los breves segundos que le costó ponerse el preservativo, un hormigueo repentino la dominó al ver por primera vez el pene del chico.

Él la obligo a recostarse, pudo ver lo ansioso que estaba.

-Esto te dolerá, pero solo será por unos breves momentos.

Cuando pensó que la penetraría, el chico solo se dedicó a besarle con frenesí, esos mismos besos húmedos que ahora la volvían loca que hacían que lo deseara más y más.

Sin ningún aviso, la penetra de una estocada.

Un fuerte gemido salió de su garganta, no supo si fue de dolor o placer. Quizá de ambos.

Se quedaron quietos, ambos, mirándose a los ojos mutuamente.

La estreches de su cavidad hacia que las paredes vaginales se contrajeran sobre su miembro. Ignacio había escuchado que eso aumentaba el placer sexual al momento del coito. Comprobó que eso era verdad, la manera en que Ángel abrazaba su pene a punto estuvo de hacer que se viniera.

Esperó a que se acostumbrara a él. Más que pronto comenzó a moverse, dando penetraciones lentas y profundas. El ritmo pélvico de ambos era perfecto; si ella no se lo hubiera asegurado, creería que ella tenía experiencia en esto. Movido por el propio deseo, acelero poco a poco las embestidas, gimiendo en el proceso.

<<Mía, ella solo me pertenece a mí. Solo yo puedo tocarla>>.

Ella gemía cada vez más fuerte. Por cada penetración que recibía podía saborear las motas de colores que seguían danzando tras sus parpados.

Era como tocar el cielo, pero quería más, mucho más...

Nublado por el éxtasis; arrebatado y sin tacto cambio de posición aun dentro de ella. Colocando el cuerpo boca abajo con la cara pegada a la almohada. Dejo de ser cuidadoso, esta vez al penetrarla fue aún más profundo.

-¡Ah! ¡Ah!

La culminación estaba cerca, la misma sensación burbujeante subía como araña por cada rincón de su cuerpo.

-¡Estoy cerca, no te detengas!

El orgasmo la saturo esta vez con mucha más fuerza, lo pudo sentir hasta en la sangre. Era casi como si Ignacio le hubiera llegado incluso hasta las partes más oscuras de su alma. Su cuerpo convulsionó de nuevo, con la diferencia de que no podía parar de temblar, cada que él se seguía moviendo dentro de ella, toda su anatomía temblaba. Sus paredes se contrajeron por los espasmos; apretando aún más el miembro, logrando que su compañero lograra venirse después de ella.

-¡Ángel! –era la primera vez que durante el sexo gritaba el nombre de una chica. Siempre terminaba con un gruñido o simple gemido.

Sin embargo, no había podido evitarlo, el nombre salió solo de su boca. Como si la parte más salvaje de él mismo quisiera recordarle que ella le pertenecía ahora sí, por completo.

Capítulo 5

El reloj digital marcaba las 8:30 am. El alba ya había entrado por las cortinas provocando ligeras sombras en los muebles de la gran habitación. La quietud y la serenidad inundaban la alcoba; solo las leves y acompasadas respiraciones de dos cuerpos sobre la cama podían escucharse.

Un tenue rayo de sol se estrelló contra el rostro de la chica. Los parpados y las pestañas se movieron. Seguido de una serie de murmullos, abrió con pereza los ojos acostumbrándose a la luz de la habitación.

Ángel estaba consciente de que ya era tarde, sabía que Susana la reprendería por su irresponsabilidad; aún perezosa se sentó sobre la cama, y bostezo. Dispuesta a levantarse, fue un escozor entre las piernas lo que la hizo hacer una mueca. <<Quizá me lastime mientras dormía>> fue su primer pensamiento. Apartó las sabanas y justamente ahí, junto a su muslo derecho. Dos pequeñas gotas de sangre seca le hicieron recordar todo.

Se quedó quieta durante varios minutos.

No era su cuarto, no estaba en su cama y no llevaba el pijama con la que acostumbraba dormir, de hecho no llevaba ropa.

Se volvió para mirar a su jefe. Todo se confirmó al verle, había sucedido, se había acostado con él. Pero lo que quizá era peor que haberlo hecho, fue que no estaba arrepentida; no sentía nada en realidad. Ni culpa, o remordimiento, tampoco gozo.

La sensación de vacío se le hizo familiar.

Recordó a una niña que rehuía de la gente, esa pequeña creía que su hermana mayor era la única persona en el mundo que la quería. Una niña sola, triste y con mucha falta de cariño a la que no le importaban los demás, ni siquiera ella misma. Se sintió esa niña de nuevo. No derramo ni una sola lágrima, por más rota que se sintiera, no iba llorar.

Todavía con esa sensación instalada en su pecho se levantó con las piernas temblorosas acompañando de esa sensación en su ingle. Señal de que nada había sido parte de su imaginación, incluso podían confirmarlo algunas mordidas y moretones que se encontró en el cuerpo al mirarse en un espejo.

Le costó un poco encontrar cada una de sus prendas. Al terminar de vestirse, trato de arreglar su cabello, pero fue un intento en vano, necesitaba una ducha urgente.

Salió del cuarto lo más silenciosamente posible. El verdadero problema ahora, era regresar a su cuarto sin ser vista.

-¿Ángel?

Se quedó quieta y helada al escuchar su nombre.

La mirada sorpresiva y desconcertante con la que le miro su amiga y compañera de habitación le dio los buenos días.

A lo lejos se escucharon los gritos de la ama de llaves, quien seguro le daba órdenes a alguna sirvienta despistada que hizo mal su trabajo.

Ambas chicas se quedaron viendo una a la otra sin decir una palabra.

Todavía ni siquiera tenía una buena excusa preparada. Pero en si ¿Qué iba a decirle?

Todo era más que obvio. Ella saliendo del cuarto de Ignacio, despeinada con el uniforme mal puesto y saliendo a hurtadillas. Por supuesto que Nora habrá preguntado por ella, alegando que no llego a dormir la noche anterior.

-Debes arreglarte. Blanca y yo hemos estado cubriéndote. Pero Susana está molesta porque no apareces.

-Nora, yo...

-No importa, lo que sea que tengas que decir déjalo para después- sonrió amablemente.

-De hecho- toco su cabello- ¿Podrías ayudarme?

La llevó a una de las habitaciones vacía, ya ahí la sentó y se dispuso a hacerle una gran trenza. Con un poco de maquillaje Ángel cubrió las mordidas y chupetones que tenía, el idiota ese dejó demasiada evidencia en lugares muy visibles. Y ya en esas circunstancias, decidió contarle la verdad. Quizá es que estaba sensible por todo lo vivido o es tal vez, no podría seguir un solo día guardando en secreto todo lo sucedido; a este paso se volvería loca.

-No sé qué decirte -su mirada triste hizo que se sintiera más

avergonzada.

-Yo... -trago saliva- No quiero volver con Dana, ella no me dejara nunca en paz si vuelvo.

-¿Por qué le temes tanto a tu propia hermana?

Por primera vez, después de tantos años. De nunca haber tenido la oportunidad de que alguien se mostrara dispuesto a entender su pasado y cuestionar sus malas decisiones, decidió que era buena idea hablar de quien había sido antes de todo el desastre. Bueno, antes de ESTE desastre, porque su vida siempre había sido la misma porquería.

Ángel comenzó con el día en que su madre las abandonó.

Capítulo 6

Ángel comenzó con el día en que su madre las abandonó.

Sol (el nombre de la mujer) siempre fue una persona ordinaria, no tenía ambiciones en su vida, mucho menos sueños. Su familia era muy disfuncional por lo que pasó parte de su infancia en un orfanato, donde debía limpiar, preparar la comida y demás labores domésticas. Hasta que una tía lejana la encontró y se volvió su tutora.

Así es como logro salir de ahí e irse a vivir con ella y su prima Cristal. Jamás fue aficionada a las reglas, para la edad de 15 años, Sol vivía cada día de su vida como si fuera el último. Gustaba de tomar hasta desmayarse y ser una libertina.

Su tía sentía que era muy vieja para intentar disciplinarla, la señora sufría de presión alta, por lo que nunca intento ni ayudarla, ni detenerla. Cristal, por el contrario, era quien trataba siempre de decirle que ese estilo de vida era horroroso y muy peligroso.

No pasaría más que dos años cuando las cosas cambiaron para la alocada adolescente. Quedaría embarazada a los 18, y así daría luz a Dana; tres años más tarde, después de despertar en un sucio sofá a las afueras de un bar, la joven se embarazaría de nuevo, esta vez de Ángel.

Recordaba al padre de Dana, pero no tenía ni idea de quién era el de su hija menor. Al morir su tía, las cosas se pusieron el doble de difíciles, Cristal la odiaba, detestaba sus adicciones, sus excesos, a la gente que la rodeaba, y no estaba dispuesta a darles ese mal ejemplo a las niñas.

Sol desapareció en el cumpleaños número 8 de su hija mayor, y así fue como ambas se quedaron solas con su tía.

Fue muy corto el periodo que Ángel paso con su madre, lo único que recordaba de ella era las pocas veces que estaba consciente y no dopada por las drogas. Recordaba sus gritos, los de su tía y los de su hermana; todas ellas insultándose unas a otras, mientras la niña que era en ese entonces se escondía bajo la mesa y con sus pequeñas manos tapaba sus oídos.

Su tía siempre cuidó de ellas a su manera. Las alimentaba poco. Decía que no siempre había para tres comidas al día y rara vez les compraba ropa. Las mantenía en un cuarto con un ropero viejo, un colchón manchado (para que ambas durmieran) y un peinador con el espejo roto. Siempre alegaba que tenían que ahorrar y que por eso no podían

derrochar dinero en banalidades.

Dana siempre dijo que ella las hacía vivir igual que los perros y los cerdos.

Le recito a su amiga las palabras que su hermana mayor le decía cada vez que su tía las encerraba.

"Tranquila muñequita, un día nos iremos de aquí. Tendremos una gran casa, con lindo jardín y esa perra estúpida ya no podrá hacernos nada".

Dana para sorpresa de su hermana pequeña cumplió su promesa.

A la tierna edad de 16 años Dana Quiroz se lió con un tipo 10 años mayor que ella.

Fue -según lo que le dijo- "el amor de su vida".

Rogelio era dueño de una gasolinera que estaba junto a la tienda de abarrotes donde la chica trabajaba, todos en esa cuadra sabían que el tipo lavaba dinero y que estaba metido en el narcotráfico.

Rogelio vio en ella un lindo par de tetas, pero Dana vio en él una forma de salir de la mala vida que tenía.

Se dio cuenta que la morena tenía algo de potencial, por lo que le dejaba al mando de negocios pequeños, como los puntos donde se vendían algo de drogas y los vendedores de algunas cuadras debían responder a ella por cualquier cosa. La chica se volvió la forma más fácil de localizar a Rogelio.

-¿Ellos siguen juntos?- la voz dulce y frágil de su acompañante la hizo volver a la realidad. Se encontró su reflejo frente a un espejo.

-No -dijo tajante- lo mataron. Roger sufrió una emboscada y no sobrevivió a la redada.

La chica se quedó pálida al escucharla.

-Tenía muchos enemigos a parte del policía, claro. No sé cómo pasó, pero ella consiguió quedar al mando tras su muerte.

Después de que su hermana quedara como cabeza de los negocios sucios de su novio, las cosas se pusieron peor para Ángel. Durante dos años, ella desconoció, de donde venía el dinero que Dana aportaba para la casa.

-Un día llegó y le tiro un fajo de billetes en la cara a mi tía -sonrió- ella me hizo hacer las maletas la noche anterior y en esa misma tarde nos fuimos

de ahí. Mi hermana siempre fue muy dulce conmigo, cuidó de mí prácticamente desde que era un bebé; siempre me recalco que se convirtió en lo que es ahora para darme una mejor vida. Pero yo sé que solo quería salir de la miseria en la que estábamos hundidas. Lo peor sucedió, después de la muerte de ese tipo.

<<¿Puedes ver a una chica de 19 años dirigiendo un negocio de tratado de blancas? Tuvo que perder lo poco que le quedaba de humanidad para ser considerada capaz de hacer eso. Para que te hagas una idea. ¿Conoces el club "Luna Oscura"?>>.

La miró sorprendida.

-Cualquiera lo conoce. No me digas que...

-Sí, ella es la dueña. Ahí lleva a todas las mujeres que compra para prostituirlas. La mayoría son de otros países; prefiere que no hablen nuestro idioma, así es más difícil que pidan ayuda.

La joven ya había acabado con la labor de peinarla, pero ambas se quedaron en la misma posición. Ángel no pudo evitar ver lo ansiosa que estaba su compañera.

-También lo conozco porque es el lugar favorito del joven Herrera y sus amigos.

La morena se sorprendió al principio.

No sabía que Ignacio iba a ese tipo de lugares. No era visitado muy seguido por gente rica, que no hiciera negocios ilícitos. Comprendió entonces como es que él se dio cuenta de la existencia de su hermana.

Ángel era casi idéntica a Dana físicamente. Con la excepción del color de cabellos y las pecas en el rostro que su hermana mayor heredó de su madre.

-Cuando me enteré de todo lo que hacía, de sus negocios sucios y los prostíbulos, ella se aseguró de que nunca dijera nada. Me golpeó durante mucho tiempo cuando yo hablaba sobre ella en otros lugares fuera del club, permitió que otros me golpearan también, hasta el punto de no poderme parar en días. Cuando intentaba escapar, me encerraba en una sucia habitación por mucho tiempo, sin agua o comida. Tenía que robar y estafar a algunos hombres y no cualquiera, eran tipos de mucho dinero y poder. Estuvieron a punto de matarme varias veces. La gota que derramó el vaso fue el hecho de que me vendiera. La mujer que prometió protegerme, mi propia hermana, me vendió por no sé cuantos miles de

dólares. Por eso escape y no pienso volver nunca.

<<Si ella me encuentra no me matará, me torturara hasta que le suplique me que asesine, entonces me dará un arma y me obligara a volarme los sesos yo misma. Ella jamás se ensuciaría las manos.>>

La mirada de lástima que recibió, la hizo sentir muy miserable, no le gustaba sentirse así.

-Por eso aceptaste el trato con el joven.

-Sí, es mil veces mejor que volver con ese monstruo que tengo por familia. -contuvo las lágrimas.

-Pero de cierta forma, él te hará lo mismo que Dana, solo quiere esclavizarte y que hagas su voluntad.

-No puedo hacer nada Nora, no quiero volver a huir. Entonces no solo ella estará detrás de mí buscándome, sino también Ignacio. Además, no tengo a donde ir.

-Pero no es justo...

La frase se quedó en el aire cuando la puerta se abrió de golpe.

Capítulo 7

La repentina intromisión de Susana a escena dejó a las chicas asustadas y pálidas.

-¿Qué rayos hacen ustedes aquí?!- las miro con furia- Nora te especifique claramente que fueras a despertar al joven Ignacio, no que te pusieras a jugar al salón de belleza con tus compañeras.

-Iré ahora mismo- se apresuró a salir, pero la mujer le bloqueo el paso.

-Ya lo he hecho yo, ahora mueve tu pobre trasero a la cocina y ayuda con la preparación del almuerzo, que la señorita Sandra y la señora Consuelo vienen en camino.

La chica salió pitando sin mirar a Ángel.

-Y a ti, el joven te ha estado buscando. Te quiere en su despacho ahora mismo. - le dio una mirada de superioridad - Aprovecha, esta de un extraño buen humor hoy.

Sin más que decirle, se dio la vuelta, dejándola sola en la habitación.

Algo le dijo que quizá Susana debía agradecerle el cambio de humor repentino de su jefe. Estaba completamente segura qué era por lo sucedido la noche pasada, que el hombre era hasta capaz de decir gracias.

No solo ella, más bien todo el personal debía darle las gracias.

No se sentía orgullosa, pero al menos tranquila sí.

A mitad de la escalera se debatió entre cambiarse o ir directo al despacho; a pesar de no estar muy desarreglada, no se sentía muy cómoda con la ropa arrugada. Sin embargo, ella sabía que su jefe no era un hombre de paciencia y que si lo hacía enojar en las circunstancias en que se encontraba atrapada todo iría mal.

El pasillo del primer piso, que daba a las demás alas de la casa estaban finamente decorado con estatuas de marfil y unas más pequeñas de porcelana, el piso completamente alfombrado, las paredes con colores cremas, candelabros en forma de arañas se hallaban simétricamente colocados en el techo. Iluminaban la estancia junto con unas lamparas

más pequeñas atornilladas a la parte superior de la pared, muy por encima de los cuadros familiares.

Se detuvo frente a una puerta de madera, esta no tenía ninguna ralladura o índice de que el tiempo le afectaba, hermosa e imponente frente a la chica. Con la misma elegancia cínica de sus dueños. Tomo la bien pulida perilla y la giro para entrar por tercera vez en esa habitación. Pero de nuevo por motivos distintos a la anterior visita.

Se colocó lo más recta que le daba dignidad, que Ignacio no se había llevado, le permitió. Junto las manos frente a ella y camino hacía el escritorio.

-Buenos días joven.

Ignacio jugaba con su silla giratoria, que detuvo en el momento en que la vio.

Un escalofrío le invadió todo el cuerpo, al él clavar su oscura mirada en ella.

-Buenos días también para ti, sirvienta - no pudo reconocer el tono amable en que le habló. Ni tampoco la sonrisa que le regaló.

-Aquí estoy como usted pidió - se acercó hasta estar frente al escritorio.

-Ya lo veo.

Se levantó de la silla y se encaminó a su encuentro, ella retrocedió un poco al tenerlo casi enfrente. La examinó detenidamente.

-¿Te duele algo?

La pregunta la sorprendió.

-Según entiendo, las primeras veces suelen ser para las mujeres muy dolorosas. Si quieres le digo a Susana que te dé el día libre.

-Yo... - se sentía algo asustada por su preocupación. Hacía mucho que alguien no se preocupaba por ella. - Yo estoy bien no se preocupe.

-Me alegra- le sonrió.

En esos momentos Herrera le parecía más aterrador que esas veces en que le gritaba, la amenazaba o la humillaba.

No estaba preparada para tanta amabilidad.

Tomo su mano y ambos se sentaron en ese sillón donde antes ella le había vendado la mano.

-Estas algo pálida- le acarició una mejilla, ella se retorció algo incomoda- ¿Segura que estas bien?

-No se está portando de la forma habitual. Usted me aseguro de que nada cambiaría.

Le acarició el rostro de nuevo.

-Ese trato se aplica cuando estemos frente a la gente – le sujeto el mentón para mirarla a los ojos- Como puedes notar estamos solos.

Trago saliva.

Lo cierto es que después de esa noche, no había otra cosa en que pudiera pensar que no fuera su cuerpo. Lo dominaba un deseo completo por ella; la necesidad de tener los dedos enredados en su cabello castaño, la mirada dócil que le demostraba lo frágil que podía ser a veces una mujer, la piel tersa y suave de sus muslos y la de su clavícula; morder y besar el lunar en su nuca, también ese que estaba escondido entre su mentón y garganta. Pero en especial el sonido de su voz pidiéndole más, gritando su nombre al momento del magnífico orgasmo.

¡Dios! Nunca olvidaría las contracciones de su rostro al venirse.

Se veía aún más hermosa que de costumbre.

-Necesitaba verte- le confeso algo avergonzado, por lo que consideraba una tonta confesión- Consuelo almorzara con Sandy y conmigo. Siempre de alguna forma logra arruinar mi día y ya que tú haces lo contrario quería pedirte algo. Por eso quería verte antes de que ellas llegaran.

-¿Qué es lo que quiere?

-Quédate en la habitación cuando estemos comiendo, no necesitas estar a lado mío si no quieres, pero dentro de ella sí.

-Lo siento, pero Susana no me lo permitiría.

Sus ojos la miraron ceñudo.

-Error mío al decir "pedirte". Te estoy "exigiendo" que hagas lo que te digo. ¿Has olvidado que vas a hacer todo lo que yo te diga?

Ella sonrió ligeramente.

-Me gusta más cuando es usted mismo.

Él soltó una carcajada.

-Limítate a hacer lo que yo te diga y esta relación funcionará muy bien para ambos.

-¿Relación?- arquea una ceja- ¿Acaso estamos saliendo?

-¡Por supuesto! – entrelaza sus manos con las de ella- Con la diferencia que tú no tienes derecho a opinar, en realidad no puedes hacer nada que no salga de mi boca.

Alguien toca firme y fuerte la puerta.

-Joven su madre y hermana lo están esperando.

La atmósfera se enfrió por completo.

Se dejó caer sobre el regazo de Ángel. Cansado la mira a los ojos, le dio un beso fugaz y le susurro un lo siento.

-Ve a cambiarte el uniforme y arréglate un poco. Recuerda lo que te ordene.

Ángel se dio cuenta de que él tampoco se había arreglado mucho, igual que ella aún tenía los restos de la noche anterior en el cuerpo.

-¿Me veo bien?

Le acomodó la arrugada camisa

-Parece que tuvo sexo toda la noche anterior- le acomodó el cabello también.

Jugo con los listones que colgaban de su espalda, la abrazó fuerte y la besó lento y largo.

-Dejaremos esta cita para más tarde. Ahora tengo que encontrar mi

escudo y espada para enfrentar al dragón de mi madre.

Ella rió por lo bajo.

-¿Sabes lo sexualmente atractiva que te ves cuando ríes?

Lo giro cara a la puerta y le dio un empujón.

-Suerte con el dragón.

Salió a toda prisa.

Ángel se quedó ahí con los restos de sus besos en los labios y una sensación de vacío aún más grande.

Todo había pasado demasiado rápido. Podía recordar a la persona de antes, pero no reconocía a la chica de ahora.

Capítulo 8

Tan solo hace unos días el salía con esa modelo guapa de espectacular cuerpo. Hace unos días ella se veía en citas con Emiliano.

Se quedo quita mirando el vacío.

La pérdida de la virginidad era puramente una ausencia física. Sentía haber perdido algo más; algo que no podía explicar claramente con palabras.

Lo más deprisa que le permitieron sus pies salió de ahí, pero no fue a su habitación a cambiarse. Se dirigió al patio trasero.

Tomo el teléfono que era para uso del personal de limpieza. Se aseguro que Susana no estuviera por ninguna parte antes de salir al jardín.

Camino por el pequeño sendero hecho de piedras, que daba a unos rosales de hermoso color. Con prisa marcó un número de celular que sabía de memoria.

Sonó una vez. Sonó dos veces. Sonó tres ve...

-¿Diga?

Ángel se quedó callada por un segundo. Tratando de regular su respiración.

-Hola- susurro apretando el aparato contra su oreja.

Una risa alegre se escuchó del otro lado de la línea. Cerro los ojos y dejo que ese sonido lo memorizara su cerebro.

-No sabes cuánto te he echado de menos- la voz de su novio se escuchaba algo diferente por teléfono, aun así seguía teniendo la alegría triste que ella adoraba.

-Hace tres días que nos vimos- acarició una de las rosas con la punta del dedo.

-¡Oye! Tres días son...- callo por un momento- 72 horas sin ti. Eso es mucho tiempo.

Suspiró.

-Yo también te extraño mucho- sonrió un poco- ¿Como te va en tu trabajo?

-Bastante bien. Bueno, algo cansado, ya sabes.

Él era siempre así. Nunca daba detalles de las cosas. Incluso en el tiempo que llevaban saliendo solo esa vez en su habitación le dijo que le gustaba. Para Emiliano era difícil expresar lo que sentía o cualquier cosa que tuviera un significado más profundo.

-Que por cierto te tengo una sorpresa.

-¿Tú? Nunca me has dado una sorpresa.

-Bueno eso era antes. Ahora eres mi novia. Y los novios se dan sorpresas.

Ángel estuvo a punto de ponerse a saltar de felicidad. Escuchar que la persona de la que había estado enamorada durante tanto tiempo le dijera eso, era el más lindo sueño.

-Supongo que no me dirás que es.

-Supones bien. Pero no te preocupes estoy seguro de que te gustará.

Ella miró hacía la puerta que daba a la cocina.

-Tengo que irme. ¿Nos veremos este viernes? Lo tengo libre.

-Claro. Pasare por ti a la hora habitual y en el mismo lugar.

-Muy bien. Hasta el viernes.

Se escucho un silencio del otro lado de la línea.

-Ángel...este...bueno. Te...yo...te...

Dejo de respirar en el instante. ¿Podría ser que su novio iba a decirle "esa palabra"?

-...Te deseo un buen día.

Quizá en otra ocasión.

-Yo también amor. Un beso. Adiós.

La cocina era un total caos, personas iba y venían de un lado al otro.

Llevando platos, sirviendo platos, entre más cosas.

No era tanta comida, esta vez no exageraron en cantidad. Ella pudo reconocer solo dos platillos de los seis que prepararon. Los demás tenían nombres extraños.

Según Nota, nombres extranjeros.

Sin decir mucho, se puso a servirlos.

No pudo hacer mucho. Más bien no la dejaron.

Todo (al menos la mayoría) del personal atendía a las tres personas sentadas en la mesa.

Se decía que se tenía que tener estricto cuidado al poner la mesa, la comida y los utensilios.

La señora Consuelo era muy perfeccionista y los detalles por pequeños que estos fueran, no pasaban desapercibidos si estaban mal hechos.

También el humor influía mucho.

Una vez había corrido a una sirvienta solo porque puso unas cortinas que no combinaban con el color de la pared y la sala.

Razón por la que todos revoloteaban ansiosos y con los nervios de punta, tratando de no meter la pata.

Susana la hizo cambiar tres veces de vajilla, para que las flores del centro de los platos combinaran con el color del mantel. Flores de 5 cm.

La chica estaba frustrada.

Al pasar por la mesa una mano aprisiono su muñeca. Se encontró con los ojos nerviosos de Ignacio. Al parecer la presencia de esa mujer no solo afectaba a la servidumbre.

Asintió solo una vez para tranquilizarlo, él relajo los hombros y sonrió.

Ella huyo antes de que esa sonrisa pudiera afectarle.

Cuando todo estuvo listo, el personal formo un circulo alrededor de la mesa, hicieron una reverencia y todos se retiraron. Ella se escabullo hasta quedarse a lado de uno de los muebles, cerca de la mesa.

Se sentía algo ansiosa.

Para su alivio, nadie parecía notarla.

-¿Puedo saber en dónde has estado en las últimas semanas Sandra?- la mujer no la miro en ningún momento. La joven tampoco lo hizo. Todos se

dedicaron a comer.

El sonido de los cubiertos apenas se escuchaba.

-¿Me pasas la miel?- miro brevemente a su hermano.

-¿Para qué?

-Quiero ponerle un poco a mi pastel de kiwi.

-No.- Ignacio frunció el ceño- Sabrá muy dulce.

-Ese es mi problema. Pásamela.

-No lo haré. ¿Como puedes comer esas cosas tan dulces?

Sandra comenzó a molestarse.

-iMira quién habla! El bulímico que se acaba toda la despensa en la madrugada.

-iEso no es cierto!

-iBasta los dos!

La sirvienta dio un ligero salto al escuchar a la señora Herrera levantar la voz.

-Bulímico.

-Borracha.

-Subnormal.

-iNo soy eso!

-Ni siquiera sabes lo que significa- le saco la lengua.

-Aun así no lo soy.

Capítulo 9

Consuelo golpeó la mesa. Ambos se callaron, escondiendo el rostro tras sus platos de comida.

-¿Piensas responder a mi pregunta o seguirás comportándote como una niña de tres años?

Sandra se hizo la indiferente.

-Salí de viaje por mi cumpleaños.

-Tu cumpleaños fue hace más de dos semanas.

Comió porciones pequeñas de su pastel, después se levantó ella misma para tomar la miel. No sin antes darle un golpe en la cabeza a su hermano.

-Fueron también unas vacaciones. Trabajo demasiado en la empresa.

-Lo que pasa es que es una holgazana- su hermano mordió un bollo con mermelada.

-Pues fueron tus últimas vacaciones. Tu boda será pronto y tenemos muchas cosas...

-Mamá- la interrumpió- lo último que quiero, es hablar de esa tontería. Es muy temprano.

El comentario pareció molestarle a su madre.

-Hugo se entristecería si te escucha expresarte de esa forma de él.

Ignacio se atraganto. Miro a su hermana con cara de horror.

-¿Te casarás con el hermano de Brandon?

-Ni siquiera me lo recuerdes, siento arcadas solo de pensarlo.

El pelinegro sonrió abiertamente. Hugo era muy parecido a un hermano mayor.

Era el culpable de muchos malos hábitos que el castaño tenía. Era él quien lo llevo a luna oscura, donde conoció a la bellísima dueña.

-Él me enseñó todo lo que se. No puedo creer que vayamos a ser cuñados. ¿Ya te acostaste con él?

-¡Ignacio!- su madre chillo.

Su hermana sonrió sin ganas.

-Está muy lejos de ser mi tipo.

-Eso debe ser un no. Bueno da lo mismo algún día lo harán, ya que van a casarse.

Le aventó un pedazo de pan a la cara.

-Gracias idiota, acabas de arruinarme el almuerzo.

Le sonrió de medio lado.

-¡Por favor! Todos sabemos que eres como una vaca, tienes 4 estómagos ahí adentro. Necesitaría más que a Hugo para espantarte el apetito.

Ángel rio por lo bajo.

Sandra estaba dispuesta a lanzar le otro pedazo, pero su mamá le arrebató la canasta.

-Sean adultos, aunque sea solo durante el almuerzo, por favor. - esta vez no les levanto la voz.

-Ignacio- Consuelo mastica su comida- Lisa me comentó que terminaste

con Isabella. Estoy feliz por eso. Me alegra que me escuches de vez en cuando.

El rostro del joven se avinagro por completo.

-Al menos podrías fingir que no.

-Todos sabíamos que no ibas en serio con ella, para que aparentar.

Apretó el puño sobre el mantel de satén.

-No me gusta que opines de cosas que no sabes.

Ella no pareció escucharlo. Continuó parloteando mientras cortaba su comida.

-Siempre sales con las mismas chicas de moral distraída e interesadas. Solo sabes gastar dinero igual que todas ellas. Sería muy bueno que dejaras de demostrarle a todos lo necesitado que estas de afecto, es patético.

Los nudillos del chico se pusieron blancos, la mandíbula la tenía tan apretada que se cuadraba por completo. Era obvio que se contenía para no decirle nada.

Giro el rostro y se encontró con la impaciente mirada de su sirvienta. Ella le sonrió o al menos la mueca que le dio se parecía a una sonrisa. Largos segundos pasaron mirándose, para que el chico regresara el rostro al frente y dejará escapar el aire lentamente por la nariz.

Se tranquilizo.

-No planeo discutir esta vez contigo Consuelo, solo quiero comer. -
levantó de nuevo sus cubiertos y continuo su almuerzo.

Sandy le miro sorprendida ante su reacción tranquila. Su propia madre parecía algo desconcertada ante la falta de confrontación

-Eso... eso es bueno. Yo tampoco quiero discutir.

Nadie volvió a decir nada.

El almuerzo termino 10 minutos después.

La señora dio unas instrucciones a Susana antes de retirarse. Entre ellas que le reportara el comportamiento de sus dos hijos.

El momento en que cerro tras de sí la puerta principal, el ambiente volvió a ser el de siempre. La propia Susana relajo los hombros y soltó un suspiro de alivio.

Ángel se dejó caer en una de las sillas del vacío comedor.

-Yo también estoy contento de que se haya ido. - el moreno se sentó en frente de ella.

Susana fue buena y envió a descansar a todos al menos por unas horas
La casa ahora se encontraba medio vacía.

-Por un momento pensé que usted la apuñalaría con un tenedor.

-Créeme pensé en hacerlo- rio.

Ambos se quedaron en silencio.

Jugo con el encaje de su vestido por un rato.

-No sabía que la señorita Sandra iba a casarse.

-Mi madre arregló el matrimonio cuando ella cumplió los 18 años. Cuando se lo sugirió la madre de Brad ni siquiera lo dudo- sonrió desganado- ella incluso piensa que su hija es un negocio más.

Pudo notar de inmediato que todo eso lo irritaba.

Se notaba que adoraba a su hermana y por eso lo que más quería era su

felicidad.

Un pensamiento le paso por la cabeza a ella. Lo miro con mucha inquietud.

-Eso significa que con usted...- cerro la boca de golpe, no era de su incumbencia la vida de su jefe.

Su rostro se mantuvo neutral. No pareció comprender lo que ella quería preguntarle.

-¿Yo qué?

-Nada.

Medito sus palabras por un momento. Entonces capto la idea.

-Si ella intenta hacer eso conmigo, me encargaré de que la chica salga huyendo.

Ángel trago saliva.

-¿Y si ella le gusta?- arrugó aún más el encaje.

No contesto al instante.

-No creo que eso suceda.

Se atrevió a mirarlo con molesta diversión.

-¿Es por qué aun quiere a la señorita que lo dejó?

-No- arrugo el entrecejo- era una zorra interesada.

-¿Es por mí?

La pregunta lo hizo reír, y poner esa cara de idiota que tanto odiaba la chica.

-No, no te ilusiones tanto. Es porque no soy una persona fácil de tratar. Ya deberías saberlo.

Le irritaba que le hablará como si fuera un perro. Creyéndose superior y más maduro que ella.

-Se que miente.

-¿Temes que te cambie por otra chica, sirvienta?

-¿Corro con tanta suerte?- se inclinó hacia él.

En un santiamén su brazo fue apretado fuertemente. Ángel gimió y trato de apartarse. Él no la soltó.

-Te dije que no fueras tan insolente.

Volvió a retorcerse.

-Está lastimándome.

-Solo quiero recordarte que carezco de paciencia y si tú me la colmas...

Se saco el agarre por medio de un empujón.

-¿Va a golpearme?- se levantó- No sería el primero.

Antes de que pudiera dar un paso, la detuvo de nuevo. Al verlo esta vez no parecía enojado, por el contrario, se veía avergonzado.

-¿Te cuesta mucho entender que me gustas?

La chica se quedó helada.

-Me chantajeo para poder acostarse conmigo. ¿Esa es su forma de decir me gustas?

-No, el trato fue que, si no eras mía, volverías con tu hermana- sus ojos se mantuvieron intensos sobre ella- Eso significa que ahora eres mi pareja.

-¡¿Qué?!

Ignacio tenía un color rosa intenso en el rostro. Como cuando sufres de

fiebre o bebes mucho.

No quería creer que lo que dijo fuera verdad, no podía chantajearla y después decirle que, en realidad, esa vez que la había acorralado en su oficina era la forma en que se confesaba. Que en verdad lo que siempre quiso fue una relación amorosa con ella.

Ahora Ángel estaba roja también, pero por la ira. Definitivamente lo mataría.

-Tú no eres como las chicas a las que estoy acostumbrado. Por eso acudí al chantaje, no encontré otra salida- hablaba apresurado y sin mirarla a los ojos.

Cerro el puño firmemente. Quería golpearlo en la cara muy fuerte. Quería que no se pudiera parar en una semana por la golpiza. Deseaba tener un cuchillo y a apuñalarlo hasta el cansancio.

-¿Sabe acaso las cosas terribles que pensé que me haría? ¿Como puede privarme de mi libertad solo por un capricho?- habló con rabia contenida. Él también la miro ceñudo.

-Di lo que quieras, pero cumpliré mi palabra si decides irte.

Tenía ganas de llorar, gritar, matar, huir. Cerro los ojos y se calmó.

De nuevo usó su máscara inexpresiva.

-Tengo que volver al trabajo- apretó los dientes.

Él asintió.

-Ve a mi habitación cuando todos se hayan dormido.

-¿Para qué?- si estaban a solas lo mataría, lo sabía.

-No hagas preguntas estúpidas y has lo que te digo. Ahora vete.

Salió de la estancia con otra ulcera en la boca del estómago y un dolor de cabeza intenso. Este sería otro día largo.

Capítulo 10

Para nuestra castaña el trabajo doméstico era el equivalente a la meditación. Hacer los quehaceres de siempre calmaba sus nervios y serenaba sus ganas de matar a su jefe.

No era nuevo para ella querer cometer homicidio cuando se trataba de él. ¿Entonces por qué seguía queriendo acostarse con Ignacio?

Quizá el enojo estimulaba a las personas sexualmente. Recordó esas películas donde los protagonistas discutían y después se comían las bocas unos a otros. La diferencia era clara; ni Ignacio Herrera era el protagonista de sus sueños, ni Ángel era la chica buena que solo quiere el bien común de todos y que, por sobre todas las cosas es la protagonista masoquista a la que él trata mal y aun así lo ama.

<<Estúpidas historias de amor sobrevaloradas>>.

Los muebles quedaron bien pulidos, la alfombra quedó blanca, como recién comprada. Incluso podías ver tu reflejo en la pila de platos que ella lavó. Definitivamente descargaba su furia haciendo su trabajo.

La noche llegó pronto. Susana paso la tarde siguiendo a Sandra evitando que esta se fuera a alguna parte sin avisar a su madre. El joven desapareció tras el almuerzo, sin decir a donde iba.

Eran pasadas las cuatro de la tarde cuando el silencio se apoderó no solo de la casa, sino también de sus sirvientes. Las aguas se habían calmado al fin.

Nora le aviso a su compañera que pasaría la noche en casa de sus padres. Hacía un tiempo que no veía a su papá.

-Ya le he avisado a Susana, estaré muy temprano por la mañana- tomo la pequeña mochila llena de pertenencias.

-No te preocupes. Saluda a tu familia de mi parte.

-Lo haré- se quedó unos segundos callada, mirándola a los ojos- Cuídate mucho, no vayas a salir a estas horas.

Ella miró sorprendida.

-¿Por qué habría de hacerlo?

Su compañera la observo con enojo y tristeza.

-No soy tonta Ángel, te he visto salir a escondidas, y se de tus llamadas con Emiliano.

No dijo nada.

-No sé qué planeas, pero lo que sea que tengas en mente, espero que sea una solución adecuada. Hasta ahora has tenido suerte.

-Mmmm.

Se encamino a la puerta, le sonrió y se despidió.

En eso estaba de acuerdo con su amiga, la única razón por la que nada había salido a la luz aun era por suerte. Después de esa noche con

Ignacio, le era muy difícil mantener la mentira; pero no podía arriesgar la vida de ella, mucho menos la de su amado.

Ignacio era un demente y podía tomar represalias.

Para las doce ya todos se habían retirado a sus habitaciones. La casa quedo oscura y tranquila.

Los insectos hacían sonidos que se acoplaban con el viento, en una noche tan tranquila como aquella. Las estrellas perlaban un manto negro.

-¿Sigues despierta?- la voz se mezcló con los sonidos de la noche.

Miro brevemente el intercomunicador. En lugar de contestar se levantó y salió del cuarto.

El pasto le hizo cosquillas en los tobillos. Caminó el tramo de vegetación que separaba su cuarto de la mansión.

Había dejado la puerta trasera abierta a propósito. Entró en la calma oscura de la propiedad. Aquella casa parecía por las noches una bestia dormida.

Subió las escaleras y tocó una puerta.

-Pasa.

Se encontró a su jefe sentado tras su escritorio, con una pijama de rayas que la hizo reír internamente. Sumándole a eso, llevaba puestas unas gafas.

-Puedes sentarte en el sofá grande. Estaré contigo en un momento.

Frente al mueble, pilas grandes de películas se acomodaban en el suelo.

-¿Quiere que recoja todo esto?- se arrodillo.

-¡No! Yo lo haré después. No te traje aquí como una sirvienta. Quiero que veamos películas juntos.

Ángel se cohibió.

-¿Películas?

Él acomodo más cartuchos en la mesa de café frente a ella. Se arreglo las gafas.

Se quedo mirándolo fijamente sin pestañear; siempre de niña solía reírse de la gente en las historietas. Nadie reconocía a "*Superman*" solo porque llevaba unas tontas gafas cuando era "Clark Kent". Ahora ella se sentía estúpida.

Herrera se veía muy distinto con esos lentes. No como esos chicos que estudian todo el día y usan frenillos. Más bien se veía como un sofisticado joven empresario. Incluso se había recogido el flequillo y llevaba la frente despejada.

<<¿Por qué tiene que ser ridículamente guapo?>>. Se lamentó con el pensamiento.

-Es de mala educación mirar de esa forma a las personas- la empujo para que se hiciera a un lado.

-No lo estoy mirando de una forma especial- desvió la vista a la pila de películas.

-Me mirabas como si te molestara mi presencia.

-No es como si usted no lo supiera- tomo un cartucho.

-Deja de ser tan insolente.

Suspiró.

-¿Por qué las gafas?

Su postura se volvió rígida.

-Las uso desde los 15 años, pero no me gusta usarlas en público.

Ella no comprendió.

-Piénsalo. ¿Alguien como yo usándolas? -bufó- Creerán que lo hago por moda o para parecer menos hueco.

Se sorprendió de que él se insultara con tanta facilidad. Se sintió un poco mal por juzgarlo.

Solo un poco.

-Se ven bien- susurro.

Sujeto el marco de las gafas. La miró con recelo y sorpresa.

-¿En serio piensas que se ven bien en mí?

No lo vio a los ojos; fingió leer el título de una película.

-Sí.

Se quedó quieto con los cartuchos entre las manos. El rostro se le fue enrojando; revoloteo la mirada a todos lados menos a donde ella estaba. Sonrió apenado.

-Gracias.

El cuarto quedo en completo silencio por un momento.

-¿Qué película veremos?- se atrevió a preguntar.

El moreno se precipito. Buscó entre la pila y saco una película que por la portada parecía de terror. Aparecía la mitad de una tina, unas piernas y unas pequeñas cosas parecidas a las sanguijuelas saliendo de la tina. El titulo decía "Criaturas rastreras".

-Es una opción. La otra es esta.

Una comedia romántica. Dos personas aparecían vestidos de novios, encerrados en una celda.

-Este... no se cual te guste más, a mí me gustaría ver la segunda.

Le miró asustada. No quería ver una película romántica con él.

-Pero yo quiero ver la primera- señalo el cartucho.

-¿Por qué?

-No quiero ver una película de romance con usted.

Su expresión se volvió molesta.

-¿Qué tiene de malo?

Se atrevió a decir la verdad.

-Ver esa cinta, es como aceptar que estamos en una relación, lo que no es verdad. Usted y yo solo estamos teniendo sexo a cambio de que no me entregue.

Su expresión se convirtió en una máscara inexpresiva. Se giro por completo para verle a los ojos.

-El trato consistía en que si eras mía no te entregaría a Dana.

-Y lo fui.

Él negó lentamente. Las gafas lo hacían ver calculador y amenazante.

-Tu y yo tenemos un concepto distinto de "pertenecer".

Sus ojos lo examinaron detenidamente. ¿A qué se refería con exactitud?

-¿Cuál es el suyo?- lo dijo seco y directo.

Sonrió abiertamente. Idéntico a un niño que sabe que ha ganado el juego. Un niño que disfruta hacer llorar a los demás. Con los ojos tan agudos como los de un gato.

-Quiero que te enamores de mí. A eso me refiero cuando digo que quiero

que seas mía.

Capítulo 11

-Quiero que te enamores de mí. A eso me refiero cuando digo que quiero que seas mía.

Sus ojos se abrieron por completo. Eso la tomo desprotegida. ¿Lo que Ignacio quería era...amor?

No entendía por qué alguien tan superficial como él, buscaba algo que no valoraba. Apostaba, que se reía de las mujeres que llegaban a cometer ese error con él.

-Usted no querría algo tan insignificante ¿o sí?

No se ofendió, por el contrario, le sonrió de medio lado.

Se acomodo mejor las gafas. Le ponía contento que Ángel no fuera tan tonta como las chicas con las que siempre se relacionaba. Lo conocía muy bien y en un lapso corto de tiempo.

-La deducción es fácil. Porque si te enamoras de mí no te iras, no podrías abandonar a la persona que quieres. Yo sería tu todo. Me amarías más que al imbécil ese.

Ella quiso decirle que estaba equivocado, prefirió cerrar la boca.

-Supongo que con eso su ego se sentiría mejor.

-¿Como sabes que no voy a corresponderte?

Ángel se inclinó hasta quedar a una muy corta distancia de su rostro.

Intercambio un leve rose de labios con él. Ignacio trato de besarle, pero se apartó a tiempo.

-No sería tan idiota como para enamorarse de mí. Su narcisismo no le permitiría sentir algo por una insignificante sirvienta.

-Chica lista.

-Sin embargo, dudo que pase lo que usted quiere. Solo he amado a una persona y no creo que la deje de querer en mucho tiempo.

Le acarició la mejilla, delineando su mandíbula hasta acomodar un mechón de cabello detrás de la oreja.

-No saques conclusiones apresuradas. Ahora, veamos la película que escogiste.

Podía odiar su actitud prepotente, la forma infantil en que manejaba las cosas, su falta de tacto con los demás y su total indiferencia hacía las emociones y pensamientos de la gente a su alrededor. Su afición a llenar ese vacío sentimental con cosas materiales y actos físicos; ignorando por completo la importancia del afecto.

Sin duda era un hombre lleno de defectos, un ser humano insensible que solo disfrutaba de lastimar.

Ese horrible hombre estaba debajo de ella, aferrándose a sus costillas, con una pierna entre sus muslos, sin camisa y con los labios pegados a su boca. La mirada profunda y sus pupilas dilatadas eran pozos maravillosos. Los labios más exquisitos que hubiera probado; la textura de su pecho bajo la yema de los dedos.

No pudo si no bendecir el sentido del tacto.

El cabello sedoso y oscuro se enredaba entre sus delgados dedos. No se

inmuto y él también busco la piel caliente bajo las prendas, los besos y las caricias hacía que se sintiera un poco enfermo, su temperatura corporal le advertía que podría sufrir una combustión espontánea. E Ignacio conocía solo una forma de apagar su fuego interno.

Tocar. Sentir y disfrutar de la piel de la otra persona y juntos colapsar dejándose consumir.

Aquí no importaba si él era hijo de una familia importante o si ella creció con un pasado horrible sobre sus hombros. Ambos eran desdichados, ambos sentían el alma rota, ambos perdieron a alguien importante.

Esta era su forma de entenderse, de darse cuenta de que, de cierta forma retorcida eran iguales y se necesitaban.

El moreno ya sabía lo que a ella le gustaba incluso antes de que Ángel se enterara de ello. Mientras tanto ella tenía lo que desconocía él que estaba buscando.

Tomo su cabello para hacerlo a un lado y disfrutar de la dulzura de su cuello desnudo. Ella se dejó tocar, besar y morder.

Le recorrió toda la espina dorsal con el dedo índice. Logrando que se estremeciera por completo.

-Podría hacer esto toda la noche, incluso si solo nos besamos para mi esta perfecto- le sonrió con el rostro húmedo y rosa. Le recordó a un niño.

-Ya es muy tarde- lo dijo mientras se relamía los labios desgastados.

-Quédate esta noche conmigo. No haremos nada si tu no quieres, solo quédate.

Lo observó sin decir nada. Quedarse con él. Su jefe le estaba pidiendo inconscientemente que lo escogiera, la chica sabía que en otra situación hubiera dicho que no, si tuviera otra opción no estaría en esa habitación, no estaría con él.

Se inclino y lo besó en el pecho.

-Solo unas horas.

Sonrió y la llevo a la cama.

Capítulo 12

-Esto no tiene sentido, digo, ella se está comportando como una perra.

-Va a morir es normal que este asustada.

Emiliano se acomodó en el sofá y la acercó más a su pecho.

-¿Me estás diciendo que cuando las mujeres están asustadas tratan mal a los demás?

Ángel le besó la mejilla.

-Somos hormonales. ¿Qué esperabas?

-Esa siempre es tu excusa.

Después de una semana algo ajetreada había podido pasar una tarde entera con su novio.

Estar acostada en la sala de su casa, con palomitas en el regazo mirando una película romántica, en un sábado cálido, para ella se convirtió en un sueño hecho realidad.

Descansaba el rostro sobre el pecho y el hombro de su novio. Su oído podía escuchar claramente los latidos de su corazón, el compás perezoso se volvió la melodía que quería memorizar.

El castaño devoraba el cuenco de palomitas, mientras se concentraba en la película.

Ella se removió bajo su brazo hasta que su rostro pudo alcanzar el cuello masculino. Se humedeció sus labios. Su nariz traviesa y obstinada jugó con la piel detrás de su oreja, llegando hasta la base de su clavícula, le acarició el mentón con el dedo índice. Incorporó la cabeza lo necesario para poder dejar un beso húmedo y lento justo donde se encontraba su pulso. Hizo una leve pausa para tomarlo más firme y esta vez besarle profundamente, la piel se sentía salada bajo su lengua.

Él comenzó a respirar irregularmente. Sus dedos se aferraron a la cintura de ella.

Ángel veía eso como un punto a favor de su novio. Por más caliente que estuviera la situación, él siempre procuraba respetarla. No pudo evitar la comparativa con su jefe, Ignacio siempre buscaba excusas para tocarla. Sus labios se encontraron en esos momentos.

Nadie besaba como Emiliano, nunca seguía un patrón cuando la besaba; a veces se besaban muy lento, rosando solo los labios, tentándose unos a otros, otras de las veces sus bocas no se separaban ni un centímetro les costaba respirar, pero se comían las bocas. Unas pocas luchaban por el liderazgo y ella terminaba ganando, sujetando los cabellos de su nuca y seduciéndolo con su lengua. Él por su parte llegaba a morderla.

Cuando sus manos tocaban zonas muchas más íntimas, se apartaba de inmediato y se disculpaba sonrojado.

Lo que no sabía es que ella deseaba ese contacto.

Sabía que el juego en el que estaban era muy peligroso. Una de las veces que mantuvo relaciones con Ignacio, la situación se puso más intensa al ella imaginar que quien estaba debajo era su novio y no su jefe.

¿Qué podría pasar si al estar con Herrera ella gritaba el nombre de

Emiliano? o si le dijera a su novio "tócame como lo hace Ignacio, por favor".

Todo esto se le estaba saliendo de las manos. Pero no lo iba a perder.

Tuvo que pasar mucho tiempo para que la persona que ella tanto adoraba la aceptara y la quisiera. Ángel sentía que podía hacer cualquier cosa por él. Pudo escapar de las garras de su hermana, incluso acostarse con su jefe, para poder estar a su lado.

No quería ni imaginar qué pensaría él si se enteraba de lo último. Podía soportar la indiferencia, pero nunca el rechazo.

Al apartarse, Emi miro el televisor.

-Por tu culpa me he perdido el final- la miro con molestia fingida.

-Al final ella muere y todos hacen una fiesta en su honor. - mordió levemente su labio- ¿Podemos continuar?

-Por mí no te detengas.

Para un mejor acceso, se subió encima de él, su cabello cayó a los lados, acariciando las orejas y mejillas del rostro del castaño.

Emiliano se perdió en la tersa piel de su cintura y abdomen. Pero en especial en el chocolate oscuro de sus ojos, que por alguna razón se oscurecían más al mirarlo.

Se entregaron el uno al otro, se besaron como quisieron, lento profundo, sin tocarse, jugando con sus lenguas, húmedo, urgente, arrebatador.

Hasta que él no pudo más, no podía con la necesidad de ella.

La chica pudo verlo al mirarlo a la cara.

-Yo quiero...yo puedo...- se mordió los labios tratando de buscar las palabras.

Tomo una de sus manos y se la llevó a los labios dejando un beso profundo en la palma de su mano, llevándola hasta el dobladillo de su falda, justo donde se dejaba ver su trasero

-Puedes... puedes tocar si quieres.

Ambos se miraron con los ojos avergonzados y el rostro rojo.

Ella nunca había tomado la iniciativa, siempre era Ignacio el que lo hacía, en el caso de su pareja era distinto y eso a ella le gustaba.

Trago saliva.

-Mamá no vendrá hasta pasado mañana, fue... fue a visitar a una tía- parecía aun sorprendido por la situación, solo los círculos imaginarios que dibujaba su pulgar en uno de los muslos de ella le hicieron saber lo que él esperaba.

-¿Eso significa que estaremos solos?

-Sí.

Hubo un silencio tenso a su alrededor. Estiro el brazo para apagar el televisor con el control remoto, movió a un lado el recipiente con palomitas y se sentó a horcajadas sobre su cintura.

Emiliano se incorporó al instante.

Lo recorrió con la mirada, sus ojos, sus facciones, su cuello, su cuerpo delgado, regreso su camino hasta terminar en los labios.

-¿Quieres hacer el amor?